

Motivos sobrados para la indignación

A finales del año pasado salía a la luz un pequeño libro, apenas una treintena de páginas, con el título de *¡Indignaos!*

Su autor, el alemán nacionalizado francés Stéphane Hessel es una persona cuya vida es digna de ser convertida en guión cinematográfico.

Participa de la Resistencia Francesa durante la segunda guerra mundial, fue capturado por la Gestapo, torturado y enviado a un campo de exterminio. Fugado y vuelto a capturar, salvo la vida suplantando la identidad de otro prisionero ya fallecido. Fugado nuevamente, logra contactar con las fuerzas aliadas. Participa en la elaboración de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, mantiene una actitud muy crítica ante el estado de Israel, pese a sus orígenes judíos, y algunos de sus informes sobre como son usadas las ayudas económicas del gobierno francés a los países africanos, son silenciados por incómodos.

Este hombre, que cuenta con 93 años, no ha perdido el ímpetu en su lucha por un mundo más justo, y nos propone indignarnos por las injusticias que existen en el mundo que nos rodea, y denuncia que la causa de todo ello es la dictadura de los mercados, la falta de regulación y control del sistema financiero, cuyo único objetivo es hacer más ricos a quienes ya lo son, a costa de la miseria de los demás. Y todo ello con el consentimiento y complicidad de unos políticos vendidos al mejor postor.

Esta denuncia, como otras muchas que se están convirtiendo en cosa habitual en nuestros tiempos, podría haber quedado como tal. Pero es evidente que refleja una realidad indiscutible. No son solo palabras. Son el retrato de la realidad. Y hoy se reflejan en multitud de plazas españolas y, también, a nivel internacional.

Bajo el lema "*Democracia real ¡Ya!*" surgen múltiples denuncias contra un sistema corrupto, donde los políticos profesionales mienten como bellacos a sus supuestos representados y obedecen si rechistar la voz de su amo, el capital. Unos políticos que acogen en sus filas a personajes corruptos, que anteponen la ambición y el egoísmo de quienes detentan el poder económico a las necesidades del conjunto de la sociedad.

Esta reacción social, nacida de la ciudadanía, espontánea, es el resultado del descrédito del sistema, ganado a pulso, que se transforma en indignación. Y es una reacción lógica. La reiteración de

abusos por parte de los poderosos, las repetidas injusticias acaban por generar una respuesta social.

Hace unos años, los disturbios de París fueron una clara advertencia del mal camino emprendido. Pero a diferencia de la situación actual, el estallido fue violento, y por tanto imposible de canalizar. La propia violencia generaba el rechazo de la mayor parte de la sociedad.

Hoy no solo comparten ideario quienes están en las plazas en protesta por esta injusta situación. Muchos de los ciudadanos compartimos la protesta, pese a no tener una participación activa. Buen parte de la sociedad española ve con buenos ojos la actitud de quienes exigen un cambio social real. Y no solo en España. Si en el estado español han sido 160 las plazas donde se han producido concentraciones, a nivel internacional, el eco ha llegado a 230, aunque en muchos casos se tratase de concentraciones simbólicas de relativamente pocas personas.

La iniciativa de las mismas ha salido de ciudadanos españoles residentes en el extranjero, pero, en la mayoría de casos, arrojados por ciudadanos del propio país, que se sienten identificados con los mismos problemas.

Ante estos hechos, la reacción de los partidos ha sido, en general, la de encontrarse "fuera de juego", incapaces de reaccionar. Una buena parte de la sociedad les suspende en gestión y en decencia, y no saben que hacer. Unos pocos, especialmente las formaciones más marginales, pueden ver en ello un atisbo de esperanza, una luz al final del largo túnel. Si este movimiento se consolida, si permanece y puede ser encarrilado, puede convertirse en el renacimiento de una nueva izquierda, no manchada por el oportunismo y el mercantilismo político. La base de un nuevo modelo social y político.

Pero para los grandes partidos es, hablando en plata, un "grano en el culo". No se atreven a una reprobación global. Es demasiado peligrosa, tanto electoral como socialmente. Los optimistas intentan captar este voto descontento. No se han enterado que son sus actos pasados (y tanto da de que partido sean) los que les descalifican ante la sociedad. Algunos pretenden acogerse a la legislación electoral, con la colaboración de las juntas electorales y el sistema judicial, generando una contradicción kafkiana, la supuesta defensa del sistema democrático niega la voz al pueblo, y por tanto la propia democracia.

En ambos partidos mayoritarios nos encontramos con personas que se niegan a ver la realidad y piensan que estos actos solo sirven para favorecer al partido contrario. Son incapaces de ver que si no logran

captar más votos es porque ellos mismos se han desacreditado. Si buscan un culpable, basta con mirarse en un espejo.

También hay quien, en el colmo de la desvergüenza, pretende echar lodo sobre quienes reivindican un nuevo modelo social. La supuesta entrevista a uno de los participantes de la protesta, realizada por la cadena Intereconomía, rezuma manipulación por los cuatro costados. El supuesto entrevistado, con pinta de pijo, habla de mala organización, de ambiente de "cumba", de un "olor a porro bestial" etc. Para desgracia de Intereconomía, tuvieron que cortar apresuradamente la entrevista al empezar a oírse voces de fondo acusándoles de estar ante un montaje.

Las consecuencias de esta reacción popular son impredecibles. Lo cierto es que estamos ante un claro toque de atención a los políticos actuales, más preocupados por atender las exigencias de los mercados que las necesidades de la sociedad a la que se supone que sirven. Un toque de atención que transmite una advertencia clara: la ciudadanía no soportará muchas más agresiones sociales. Hoy la protesta es pacífica, pero ¿Qué ocurrirá si esta protesta pacífica es ignorada?